

**A. In Memoriam**

**Doctor Don Ángel Rodríguez Sánchez**

## *In Memoriam*

Miguel Ángel Melón Jiménez  
Miguel Rodríguez Cancho  
*Universidad de Extremadura*

Es posible que el texto de este recuerdo no revista la objetividad que cualquier revista científica como la que lo acoge requiere; puede, además, que el cariño que mantuvimos hacia quien fue maestro, amigo y compañero nos prive de aspectos que para otros sean evidentes en una profesión cuya razón última siempre queda sujeta a la crítica; por todo ello, aceptamos la abierta discrepancia que tal vez resulte de la conjunción de estas premisas. Pero lo que es seguro y no hubiéramos deseado nunca es haberlo tenido que redactar, y mucho menos aludir en él, por circunstancias impensables para nosotros, a la breve pero sentida ausencia de quien en los fatídicos compases del inicio de un nuevo siglo acompañó a Ángel Rodríguez Sánchez en su viaje definitivo, con la misma fidelidad que lo había hecho durante su prolífica carrera como investigador, el también Catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Cádiz, José Luis Pereira Iglesias.

Ángel Rodríguez Sánchez (Puertas, Salamanca, 1944-Salamanca, 2000) cursa sus estudios universitarios en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Salamanca en esos años de inquietudes y esperanzas que contempla el período final del franquismo. Tras obtener en septiembre de 1970 el título de Licenciado en Filosofía y Letras (Historia), marcha hacia Azpeitia, en cuyo instituto permanece hasta 1972 como Profesor de Historia de Enseñanza Media; allí contempla de cerca y toma el pulso al intenso e inquieto bullir de un País Vasco cuyo compromiso político no tardaría en asimilar e incorporar a su trayectoria profesional. Pasados los años, recordaba con nostalgia su paso por aquel instituto en cuyas aulas se había entregado a la enseñanza de la Historia con la misma pasión que lo haría después en la Universidad.

En 1972, junto con otros profesores vinculados a la Universidad de Salamanca, se presenta ante él un reto apasionante: sentar los pilares de la que, a partir de 1973, sería la Facultad de Filosofía y Letras de la nueva Universidad de

Extremadura. Con porvenir tan incierto como pleno de ilusiones, se incorpora a sus labores docentes en el antiguo Colegio Universitario de Cáceres, donde permanecerá hasta 1988 en que culmine el sueño largamente perseguido de reencontrarse con Salamanca. Rodeado de un grupo entusiasta y eficiente de compañeros, e imbuido de los planteamientos más rigurosos e innovadores de las corrientes historiográficas europeas, desarrolla una labor incansable con el objetivo de aventar el pasado de Extremadura o recuperarlo del tedioso e interesado sesgo al que la erudición local lo había reducido. Desde el fondo de empolvados libros arrinconados en los archivos recuperan su inaudible voz los comportamientos demográficos de una villa milenaria y se materializan en *Cáceres: población y comportamientos demográficos en el siglo XVI* (1977); o nos enfrenta tres años después a la denuncia valiente contra la pena de muerte y al miedo de quienes, condenados, la experimentaron en *Morir en Extremadura. La muerte en la horca a finales del Antiguo Régimen (1792-1909)*.

Bajo su atenta e ilusionada mirada cuajaron hasta un total de 16 Tesis doctorales y 20 Memorias de licenciatura en las que la población, la sociedad, la economía y las mentalidades se aunaban con el fin de alumbrar aspectos del pasado de una Extremadura que llegó a situar en paradigma de investigación y modelo de trabajo en equipo, infrecuente en otros ámbitos, y que cuajó en la que posiblemente sea la máxima expresión de su idea solidaria y presentó como Proyecto de Investigación para la plaza de Catedrático de Historia Moderna de la UEX que obtuvo en 1986: *Gobernar en Extremadura. Un proyecto de gobierno en el siglo XVIII* (1986), cuya autoría compartió con M. Rodríguez Cancho, I. Testón y J.L. Pereira.

Años después daría forma definitiva a la más emblemática de sus publicaciones, *Hacerse nadie. Sumisión, sexo y silencio en la España de finales del siglo XVI* (1998), libertino y despiadado alegato contra las rigideces que aprisionan las manifestaciones espontáneas de la sociedad. Partiendo de la reconstrucción de un mecanismo de relojería cuya puesta en funcionamiento le llevó varios años, un par de ediciones y algún que otro comentario sardónico, plasma la realidad vital de una ciudad, Coria, dominada en lo superficial por los cánones de conducta tridentinos, pero sometida en lo más profundo de sus manifestaciones a sus instintos primarios. Algunos de sus críticos no llegarían a percibir nunca que, en un rincón del escenario, era el mismo Ángel Rodríguez quien manejaba las situaciones y los personajes, como si tratara de transmitirnos a través de sus actuaciones ese irreverente y jocosos sentimiento suyo ante la vida y ante la muerte que le acompañaría hasta sus últimos instantes.

Aparte de incansable investigador, desarrollaba su magisterio en unas aulas repletas de alumnos ensimismados ante sus explicaciones y el caudal de suge-

rencias y aspectos de una historia que descubrían —que descubríamos— y cambiaba sin solución de retorno su percepción del pasado; alumnos que vertían a sus apuntes cuantas ideas fluían de su boca, con una letra ilegible por lo rápido de su exposición, y en las que no faltaban continuas referencias que les llevaban del pasado al presente como el mejor recurso para la práctica de una historia comprometida. Finalizadas sus clases, regresaba al Departamento de Historia Moderna —una sala que compartíamos y en la que redactábamos en separada comunión nuestras tesis— y sin apenas transición se sentaba ante una vieja Olivetti de tonos grisáceos en la que la holgura de sus teclas no impidió que de ella salieran algunas de las más brillantes páginas de la historiografía modernista actual, pero también quebraderos de cabeza que privaron de sueño y sosiego a más de un avisado “paracaidista” universitario de los que por entonces recalaban en Extremadura, y culminó en algunos escritos que animaron Juntas de Facultad y Claustros a los que tuvimos la suerte de acceder pese a las reticencias de muchos.

En su trayectoria universitaria desempeñó el cargo de Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de Cáceres (1978-1982), la Dirección del Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura (1984-1987), la Dirección del Departamento de Historia de dicha Universidad (1986-1988) y más tarde, ya en Salamanca, fue Decano de la Facultad de Geografía e Historia entre 1900 y 1997. Ello le llevó a embarcarse en ocasiones en batallas y guerras que sabíamos perdidas de antemano, pero ante las que nunca retrocedimos y en las que puso lo mejor de sus capacidades. Académico Correspondiente por Cáceres de la Real Academia de la Historia en 1987, extiende su compromiso hacia la política por esas fechas ejerciendo como Teniente de Alcalde y Concejal de Educación y Cultura del Ayuntamiento de Cáceres. Sesiones interminables, reuniones continuas, participación en los problemas cotidianos fueron para él, pese al mucho tiempo que le privaron de sus investigaciones, experiencias irrepetibles que después incorporaría a su quehacer historiográfico y en las que no faltaron situaciones que, pasado el tiempo, a menudo recordamos con el gracejo que como cualidad intrínseca acompañó a su protagonista.

Pero Ángel añoraba Salamanca. De eso siempre fuimos conscientes y no albergamos ninguna duda, en el tiempo que compartimos, de que antes o después el reencuentro entre ambos había de producirse, lo que ocurrió en 1988, al acceder a la Cátedra de Historia Moderna que dejaba vacante Manuel Fernández Álvarez, quien había sido su maestro y mentor. A partir de entonces, la distancia fue alargando el tiempo de nuestros contactos, pero siempre su casa estuvo abierta de modo especial a quienes habíamos formado parte de su mundo durante su etapa en Extremadura. Sin embargo, percibimos que ese añorado retorno, lejos de provocar la plenitud que esperábamos, estuvo repleto de mundos encon-

trados e imposibles, donde los puentes de aproximación se caían apenas diseñados. Puede que en nosotros la admiración del maestro nos ocultara ciertas facetas que la objetividad de las cosas –si es que ésta existe– pusiera ante nuestros ojos; o que no oyéramos los sordos rumores de aquellos que en vida no guardaron todo el respeto que su muerte provocó; puede, además, que el cariño desdibuje los contornos de una figura que para nosotros fue señora; pero lo que nunca llegaremos a entender –quizás porque de sobras las conozcamos– son las razones de fondo que frustraron las esperanzas depositadas en ese reencuentro.

Triste panorama el que se contempla desde la inevitable orfandad profesional a que conduce su pérdida y cuyo vacío difícilmente colmarán las esperanzas y los sueños concebidos por todos cuantos tuvimos la fortuna de conocerle, quererle y, desde el respeto mutuo y la admiración que hacia él sentimos, compartir sus universos intelectuales.